

dos hacia el cielo, con una expresión tranquila, que admiró á Julia, porque no la conocía: hubiérase dicho que había vuelto su fuerte voluntad contra sí misma para aprender la paciencia y que se hallaba decidida á sufrir su suerte, cualquiera que fuese. Era un primer paso hacia la resignación que, así como lo ha dicho una mujer ilustre de nuestros días, es el secreto de poner á Dios entre sí mismo y el dolor.

XI

Las cataratas.

¿Habéis tenido la desgracia de asistir á una operación quirúrgica, cuando el hierro cruel y benéfico trabaja en uno de esos seres que os interesan hasta el fondo del alma?

Si es así, habréis comprendido las palabras enérgicas de la Escritura: y la espada os habrá atravesado el alma; porque el alma se identifica con aquella carne que palpita y como ella, sufre y sangra bajo el cuchillo del operador.

Julia sentía en todo su cuerpo esa conmoción punzante, en el momento en que, arrojada al lado de su abuela, cuya mano sen-

tía entre las suyas, esperaba á que el oculista empezase su obra terrible. León, en pie, á dos pasos, miraba con angustia á su madre, que parecía extraordinariamente tranquila. El momento del valor había llegado y madama de Villiers tenía bastante para desafiar, no solo la angustia del dolor, sino la mayor aún de la incertidumbre.

—¿Estáis pronta, señora?—preguntó el facultativo.

—Cuando gustéis, podéis empezar, contestó con voz firme.

La operación fue muy rápida, porque solo tuvo lugar en el ojo derecho: el izquierdo se había declarado perdido por completo. Se oyó un débil suspiro, única muestra de dolor de la paciente: hubo un minuto de espera cruel... León y Julia esperaban que su madre iba á reconocerles y que en el primer rayo de luz que llegase á sus ojos, se pintarían sus imágenes; pero madama Villiers no pareció ver nada, permaneció en la actitud inmóvil que le era familiar, y cuando el médico le puso sobre los ojos un vendaje negro, preguntó solamente:

—¿Está obscuro mi cuarto? No he visto nada.

—Paciencia, señora,—dijo el oculista;—necesitamos algunos días para juzgar del resultado de la operación; el reposo... la calma más absoluta os son necesarias en este momento.

León tomó el brazo de su madre y la condujo á su dormitorio, que era un lindo gabi-

nete, muy retirado, y en el que Julia había reunido todos los objetos que agradaban á su abuela. Esta no hablaba: hubiérase dicho que reunía todas sus fuerzas para una última y dolorosa prueba.

Durante los días que siguieron al de la operación, y que pasaron para madama de Villiers en un reposo completo, Julia no se atrevió á preguntar á nadie, ni al médico, sobre los pronósticos de la ciencia, ni á su abuela, acerca de sus padecimientos interiores, ni á su padre mismo, acerca de lo que la experiencia de la vida nos enseña á todos: la pobre niña temía la terrible palabra que debía convencerla de la pérdida de toda esperanza. Como los soldados nuevos que van á la guerra y bajan la cabeza ante las balas enemigas, Julia vacilaba y no se atrevía á arrostrar frente á frente el dolor.

El momento llegó, sin embargo, y como siempre, demasiado pronto: el oculista, asistido de uno de sus colegas, no pudo disimular, ni á la enferma ni á su familia, que la ciencia era impotente en aquella ocasión y que la ceguera de madama de Villiers era ya incurable.

Aquella recibió la triste comunicación con una firmeza sombría, sin dejar ver ni sorpresa ni dolor, y al oír los sollozos sofocados de su hijo y de su nieta, les dijo:

—Yo lo esperaba: es preciso resignarnos, yo á sufrirme á mi propia, y vosotros á soportarme.

Este estoicismo no se desmintió durante los

primeros días, y Julia interrogaba en vano la fisonomía de su abuela; solo hallaba en ella una fuerza fría, grabada en aquellas facciones, que parecían petrificadas; la vivacidad, el sentimiento habían desaparecido para dejar sitio á toda la concentración de la voluntad, que prohibía á los ojos las lágrimas, y á los labios la queja y el suspiro.

Julia pasaba al lado de su abuela largos días, y el silencio era interrumpido apenas por una palabra pronunciada de tiempo en tiempo, una pregunta seguida de una respuesta, y nada más. En vano la niña tocaba mil asuntos de conversación: ninguna podía seguir; en vano se sentaba al piano; ni una palabra alentaba sus tímidos preludios; en vano proponía una lectura.

Madama de Villiers respondía.

—¿Y para qué?

Esa triste pregunta la hacía con un tono que no permitía ir más allá, y Julia bajaba la cabeza abatida, y se sentía presa de un desaliento que jamás había experimentado.

Algunas veces lloraba: en otro tiempo sus lágrimas hubieran alarmado la ternura inquieta de su abuela, y ahora corrían sin ser ni vistas, ni consoladas.

Un día en que madama de Villiers le hizo una pregunta insignificante, no pudo responder; lloraba y temía que al hablar su abuela lo notase.

—¿Hija mía, estas ahí? Respóndeme, te lo suplico.

El silencio siguió también á esas palabras.

Madama de Villiers, no recibiendo contestación, extendió las manos y quiso levantarse, cuando Julia se arrodilló delante de ella, y ocultó el rostro en su hombro.

—¡Lloras!— exclamó la abuela—¿qué tienes? ¿Quién causa tu pena, hija mía? ¡Habla! ¡Ya que no puedo verte, que te oiga!

Julia le llevó los brazos al cuello, la estrechó tiernamente en ellos y le dijo muy bajo:

—¡Ay! ¡madre mía! ¡Sufro y lloro, porque vos sufrís! ¡No decís nada, pero yo adivino y veo que tenéis mucha tristeza! ¡y yo, vuestra hija, estoy triste con vos!...

—¿Y qué remedio?—repuso madama de Villiers con desaliento—¿Puedo estar alegre en mi situación, enferma y para siempre enferma? ¿Puedo estar alegre con esta terrible perspectiva de obscuridad eterna! ¡Yo entristezco la casa de mi hijo con mi desgracia, yo aflijo tu juventud y estoy devorada de hastío y de dolor!

—Madre mía,—repuso Julia, enjugando sus lágrimas que no dejaban de correr,—sois muy digna de compasión, es verdad; mas ¿por qué apartaros de nosotros que os amamos tanto? ¿Por qué, evitar la compañía de mi padre, que está tan triste por vuestro silencio y vuestra aflicción? ¡Todos somos desgraciados, sí, muy desgraciados; mas si pudiéramos á lo menos consolarnos juntos y decir juntos: ¡Dios lo quiere!

Estas palabras salidas del corazón puro y piadoso de Julia, parecieron hacer en su abuela una gran impresión.

—¿Tu padre está triste?—dijo,—¿y tú también, hija mía?

—Sí, por vuestros padecimientos y vuestro silencio, madre mía; y el pobre Jorge, está también muy melancólico. Si quisierais seriais tan querida, tan cuidada, tan servida... seriais la reina de todos... Mas nuestra reina nos destierra de su presencia, y todos somos muy desgraciados...

—Quizás tienes razón, hija mía... Sí, cuando te oigo veo que aún me queda en tí el mayor bien... pero tu no estarás siempre conmigo...

—Papá estará y Jorge, y yo volveré. Dejáos amar, abuelita mía, dejáos distraer: nosotros seremos vuestros ojos, seremos vuestras manos, seremos vuestros esclavos...

Estas dulces palabras, mitad alegres, mitad tiernas, ablandaron aquel corazón ulcerado, y las lágrimas desprendidas de los ojos de la abuela anunciaron á la niña su victoria.

—Yo debería dar gracias á Dios,—dijo madama de Villiers, con voz entrecortada,—pues que me ha dejado tesoros de cariño y de alegría. Hubierais podido herirme en mis hijos, Dios mío, y vuestra bondad se ha limitado á enviarme una enfermedad que su presencia dulcifica, una enfermedad soportable con la salud y la fortuna. Yo era ingrata para con Dios, Julia: ruégale que me perdone, yo trataré de corregirme... y para empezar, vé á decir á la cocina que hoy se comerá en mi cuarto; renuncio á mi soledad y ya no quiero dejaros en todo el día.

Desde este instante, en efecto, madama de Villiers pareció resignarse á la vida y reconciliarse con su enfermedad. Recibió con dulzura los cuidados y las muestras de cariño de que sus hijos la rodeaban; ella misma pidió distracciones y animó para las lecturas, la música, el paseo, que podían hacerle bien ó distraer á los demás; más sobre todo, se recogió en el fondo del alma en un íntimo sentimiento de sumisión á la voluntad divina.

Sin duda que en el secreto de su alma ardiente y altanera hubo muchas luchas y muchos desfallecimientos; mas combatió contra su carácter violento, y saliendo de su personalidad para pensar en los otros, en su dicha, en su tranquilidad, encontró poco á poco, como preciosa recompensa, la paz consigo misma.

No fue por cierto tal cambio obra de un día: mas cuando Julia, llamada por su madre, estuvo á punto de partir, madama de Villiers le dijo en confianza.

—Vete tranquila, mi gentil Odetta. No estaré muy triste durante tu ausencia; me dejaré distraer y procuraré estar buena, á fin de que cuando vuelvas quedes contenta de mi.

—¡Oh! ¡sí, abuelita mía! ¡y cuando yo vuelva, rogaremos juntas á Dios todos los días!

—Te lo prometo, hija mía.

XII.

Los proyectos de Margarita.

La vida de Julia se pasaba como la de esos pájaros viajeros que ella amaba en su infancia, y que van de una comarca á otra, de Thebas á Paris y del Rhin á España, hallando en todas partes un nido y amistades fieles.

Su madre, que solo por ella vivía, entró en la posesión de su tesoro con la alegría de un avaro. Mademoiselle de la Rochette y Margarita salieron con Carolina á recibirla; solo Cora faltaba á ese concierto de afecciones; mas aunque Julia corespondiese á ellas con viva ternura, aunque la presencia de su madre y de sus amigas la llenase de paz y de alegría, una parte de su corazón quedaba velado y triste; pensaba en Normandía, en su abuela ciega, en su padre triste y aislado, en aquella vasta casa, que nada animaba ya.

Dividida entre dos amores, entre dos deberes, entre dos techos maternos, su alma sufría una especie de violencia que la llevaba hacia los ausentes, ya fuesen unos, ya fuesen otros, con una angustia, con una in-

quietud inexplicables: no se hubieran atrevido nunca á confesar esa pena á Carolina, porque presentia los celos maternas. Mademoiselle de la Rochette era su único confidente, y algunas veces, al lado de esta amiga tan respetable, tan llena de ternura y abnegación, la pobre niña lloraba las divisiones que separaban á los que ella reunia en sus más ardientes afecciones.

Margarita no sospechaba que el dolor agitaba sus negras alas sobre la blanca y hermosa frente de su amiga. Solo conocía de Julia el exterior lleno de encantos, el carácter amable ó igual, el espíritu dulce y modesto y el excelente corazón; pero no sospechaba la profundidad de los afectos que encerraba su alma seria y ardiente. Julia no los revelaba, pero á Margarita le bastaba lo que veía de su amiga, para idear algunos proyectos muy risueños. Amaba á Julia, pero amaba aún más á Felipe, y la idea de verlos unidos se le presentó naturalmente, se aposentó en su cabeza y rehizo un horizonte radioso, hacia el cual se volvían sus ojos con tal encanto, que le parecía que si Julia hubiera sido capaz de casarse con otro, hubiera hecho á su hermano una gran infidelidad.

Felipe no ignoraba los planes de su hermana, y de la mejor voluntad, habitaba ya los castillos en el aire que ésta edificaba para él. Julia, rica, bella y buena, era una prometida que nada dejaba que desear al más ambicioso pretendiente, á un hijo del siglo, que no despreciaba la riqueza y que tendría

mucho que pedir á la dulzura y á la indulgencia de su mujer.

Por lo demás, él dejaba, como hacen los príncipes, que su embajador hiciese la corte por él; Margarita se encargaba de este cuidado y la inocente Julia no sospechaba en manera alguna los proyectos de su prima, pagaba la amistad con amistad y aceptaba sencillamente de la parte de su primo, casi amigo de su infancia, atenciones á las que no concedía valor alguno.

Felipe copiaba música para su hermana y para la amiga de ésta; les procuraba los libros que deseaban leer, buscaba para Julia las estampas de Dusseldorf, de las que aquella formaba colección, y un día escribió unos versos en un tarjetón que Julia había olvidado en el cuarto de su hermana. Julia, muy contenta, enseñó al instante los versos á su madre y á la señorita Esther; hizo más, los envió á Caen, porque los versos hablaban de su madre, y se imaginaba que podrían despertar un sentimiento dulce en el alma de León. Mas ni el lenguaje de la música ni el de la poesía le revelaron lo que Margarita deseaba tanto hacerle entender, y siempre niña por el corazón, preocupada solamente por las penas filiales, Julia pasó así los pocos meses que le separaban de sus encantadores y floridos dieciseis años.

Era la tarde del día que los cumplía; Margarita había comido en casa de su amiga, y á la caída del día ambas se paseaban juntas en la larga calle del jardín, donde Cora

había aprendido el catecismo de los labios de Julia; una calma profunda reinaba en la campiña. Las dos primas, asidas del brazo, andaban despacio, y Julia miraba con una impresión de recogimiento la belleza del cielo que brillaba en Occidente, en tanto que al Este se levantaba en medio de un azul profundo y espléndido el blanco perfil de la luna y las estrellas aparecían una á una brillantes y misteriosas.

—¡Hoy entras en los diez y seis años!— dijo de repente Margarita, que seguía el curso de sus pensamientos.

—¡Trabajo me cuesta decirlo! ¡Dentro de un año diez y siete!

—Muy pronto pensarán en casarte, mi querida Julia.

Esta miró á su compañera con aire sorprendido.

—¡Casarme!—¿Por qué piensas en eso, Margarita?

—¡Creo que es una idea muy natural!

—Te cederé el paso, porque tienes un año más que yo.

—¡Oh, yo no me casaré tan pronto!— mamá tiene demasiada necesidad de mí; ¡pobre madre! ¡siempre padeciendo! ¡Quiero que los niños queden educados antes de que papá y mamá piensen en establecerme!

—Y tienes mucha razón, querida y buena Margarita,—dijo Julia estrechándole la mano con simpatía.—Pero ¿acaso yo no tengo también deberes que cumplir? ¿Podría yo dejar á mi querida mamá? Y á mi padre y á

mi abuelita, á quienes tanto quiero, ¿no es preciso también que les consagre una parte de mi tiempo?

—Podrías casarte con un hombre que, conociendo y comprendiendo tu posición, te ayudaré á llenar esos deberes.

Julia meneó su linda cabeza.

—¿Y dónde hallaré ese fenix? Aun cuando le hallara, creo que no le aceptaría, porque necesito un marido que reuna en sí, que sepa merecer á la vez el cariño de mi padre y el de mis dos madres.

—Bien podría hallarse,—dijo Margarita con un pequeño sentimiento de orgullo; hay un joven á quien conoces desde la infancia...

—¿Jorge?—iba á decir Julia sin reflexión; mas se contuvo y Margarita prosiguió:

—Un joven cuya familia te amaría, te apreciaría y llegarías á mirar como la tuya; que se fijaría cerca de tu madre, que sería un hijo para ella y llegaría á serlo también para tu padre; ¿no te convendría esto?

—¡Sin duda!—exclamó Julia, que pensaba en su fuero interno que muchas líneas de ese retrato se parecían á Jorge,—me parece muy necesario conocer y amar á la familia que ha de llegar á ser la nuestra.

—Es imposible casarse sin esas condiciones,—respondió Margarita con animación,—casarse con un desconocido es un riesgo terrible, y yo, Julia, he soñado por tí... he pensado...

La joven iba á proseguir para traer diplomáticamente el nombre de Felipe, pero un

agua-fiestas apareció bajo la forma de Ursula, con su acostumbrado aire regañón y dos manteletas en el brazo.

—La señora me envía á decir, señoritas, que es preciso dejéis el jardín; ya cae el relente, que es muy malo para el reuma, y yo lo estoy sintiendo así en mi brazo. Aquí están vuestras manteletas; la señora me encarga que os las pongáis.

—Mi buena mamá siempre está inquieta por mí, siempre es previsorá. Vamos, Margarita, á su lado.

Margarita siguió á su prima de mala gana; pero en su interior se dijo con cierto convencimiento.

—Ya me habrá comprendido, ya pensará en ese mafrimonio que tan dichosos nos haría á todos, á papá, y mamá, á Felipe y á mí.

Margarita había despertado, en efecto, en el espíritu cándido de Julia algunas ideas nuevas; pero cuando se representaba la imagen de un esposo, de un amigo, de un confidente, no era en Felipe en quien pensaba.

Pocos días después partió para Caen, á donde su corazón la había tantas veces precedido. Halló á su abuela grave y tranquila, á su padre melancólico; pero ambos la recibieron con la sonrisa de la dicha y se sintieron el alma dilatada cuando tuvieron á su lado á la hija que tanto amaban.

Había mucho que decirse, y se habló durante largo tiempo; Julia volvía algunas veces los ojos hacia la puerta de entrada, espe-

rando ver aparecer la hermosa cabeza obscura de Jorge; le parecía que tardaba mucho cuando monsieur de Villiers dijo:

—Durante estas vacaciones no verás á Jorge, hija mía; ayer partió para la Bretaña, que va á visitar como *turista* y desde allí irá á Luchon á reunirse con el abogado en cuya casa trabaja, y que ha ido á esas aguas por la salud de su hija Isabel.

Cada palabra de este discurso resonó de un modo lúgubre en el corazón de Julia; con la rapidez de un relámpago entrevió un mundo de dolores en estas dos palabras.

—No le verás, porque ha ido á reunirse con Isabel.

—Nos ha encargado sus afectuosos recuerdos para tí, querida mía, —añadió madama de Villiers; —yo quería que se detuviese hasta hoy para verte; mas no ha podido, porque tenía cita en Alenzon con uno de sus amigos, y desde allí partirán juntos para Bretaña.

Julia no dijo nada; prohibió á su pena que se transmitiese, se ocupó con más cariño que nunca de su abuela y de su padre; mas cuando se halló sola por la noche, prorrumpió en llanto, y dijo:

—¡Jorge no me quiere ya! Si así no fuera, ¿se hubiera marchado la víspera de mi llegada? ¡Ay! ¡Sólo nuestros padres nos aman bien y siempre!

La estancia en Caen fue para ella muy triste aquel año; aunque veía á su abuela más resignada que en otro tiempo, veía tam-

bién que su padre no era dichoso; su vida solitaria había extendido sobre sus pensamientos un velo de tristeza; no había jamás gustado de los placeres vanidosos del mundo, y le hubieran sido precisos el hogar, y en él la vida y el movimiento que no quería buscar en otra parte. Durante mucho tiempo, su madre, inteligente y activa, había impreso á su existencia, á su conversación misma una animación saludable; mas ahora, vivía concentrada en sí misma, y sus fuerzas bastaban apenas á la resignación. El bienestar material de León, al que madama de Villiers había consagrado su existencia, no existía ya; en medio de la abundancia vivía olvidado, desde que la mirada atenta de una mujer no velaba por él: no se quejaba jamás, pero Julia adivinaba, y á sus penas secretas se unía el peso de las de todos los que amaba.

— ¡Si yo pudiera quedarme aquí, — decía para sí, — sería útil á mi pobre padre y á mi abuela; pero Jorge volverá y me verá ya sin placer... y además, mamá me espera allá... ¡Oh, Dios mío, que difícil y que doloroso es partir el corazón!...

XIII.

Los diez y ocho años.

Hay un yugo para todos los hijos de Adam, dice la Escritura. Julia empezaba á comprenderlo; los pasajes melancólicos que hallaba en sus libros y los gemidos elocuentes de los salmos hallaban un eco en su alma.

Alegre, complaciente, activa en el exterior, guardaba para la soledad de su cuarto, ó para el aislamiento de la iglesia, un depósito de lágrimas que salían gota á gota de su corazón oprimido.

¿Por qué lloraba?

No hubiera podido decirlo ella misma, porque no se creía ofendida ni engañada; solo en su último viaje á Caen, una secreta amargura se mezclaba á su vida, y sin que ella quisiese exaltar su imaginación sentía inclinación hacia las cosas tristes.

Involuntariamente pensaba en todos los motivos de pena que se reunían alrededor suyo; el aislamiento de su padre y de su madre tan tiernamente amados, las enfermedades y la edad que pesaban sobre su abuela; y en fin, Jorge que iba á alejarse, á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO